

# *El mar y la luz en las odas de Kalvos*

*Miguel Castillo Didier*

## I) *Kalvos, poeta de la luz*

La presencia de la luz en las odas kalvianas es realmente notable. La breve obra del poeta de Zákynthos, si logramos contemplarla un poco como desde lejos, se nos aparece cual bañada en pura y clara luminosidad.

La luz del mar y de las islas griegas no puede ser, sin duda, ajena a la poesía de las Odas. Esa luz griega, neohelénica, *que participa también legítimamente de la eterna luz helénica*, coloca sus destellos a lo largo de los veinte poemas. Los lanza sobre la mayoría de los “objetos” que pueblan el mundo de las odas, desde los “áureos dones de Apolo”, de la primera, hasta el “altar fulgente de la patria”, de la última.

La luz empapa esta poesía no sólo directamente, sino también en forma indirecta, a través de objetos o seres luminosos por sí o que despiertan de un modo u otro la sensación o la idea de la claridad. Y, además, como lo podremos ver, la oscuridad y las tinieblas, que tan importante papel desempeñan en las odas, se presentan siempre ligadas a la luminosidad. De ahí que el examen de la luz y las sombras en los veinte poemas deba hacerse en forma conjunta.

El recuerdo de la isla patria durante los largos años del destierro, que comenzara en la niñez, parece haberse concentrado en las horas de la claridad (I, 16-20):

*Mas, feliz o infeliz,  
cuando la luz ornaba  
el mar y las montañas,  
delante de mis ojos  
yo siempre te tenía.*

La tierra patria constituye la única alegría de los sueños del poeta desterrado —niño, adolescente, mozo—, cuando la claridad celeste es cubierta por la sombra (I, 21-25):

*Cuando la noche cubre  
con su tul oscurísimo  
las rosas celestiales,  
tú de mis sueños eres  
la dicha única.*

De la isla natal salió el poeta, como sabemos, hacia Italia, la Ausonia bendita. Este hecho lo expresa en relación con la luz: el astro “alumbró” sus pasos, encaminándolo hacia allá. Y el país que lo recibió es bosquejado con una breve pincelada, que alude a su “aire”, a su cielo puro y risueño, luminoso, en otras palabras (I, 26-30):

*Antes el sol mis pasos  
hacia Ausonia alumbró,  
tierra bendita.  
Allí el cielo puro  
siempre sonrío.*

De la descripción de Zante que hace el poeta en su honda nostalgia, no pueden faltar los atardeceres luminosos, cuando los enamorados pasean cantando en las embarcaciones típicas de los isleños (I, 76-84):

*Y cuando el cielo enciende  
el astro vespertino,  
y navegan esquifes  
plenos de amor y cantos  
armoniosos,  
las mismas olas besan,  
acarician las mismas  
brisas el cuerpo y pecho  
de las bellas zantinas.*

Tampoco puede olvidar el poeta las nubes claras y leves que pueblan el maravilloso cielo jónico y que en nada empañan su luminosidad (I, 92-95):

*Y diáfanas y puras  
y ligeras las nubes  
te donó el soberano  
de las Deidades.*

La antorcha eterna del sol, ese "cirio secular", hace fructificar los árboles en el día, mientras de noche, el rocío al volverse lirios parece querer insistir en la luz a través de la diáfana albura de la flor (I, 96-100):

*El cirio sempiterno  
en el día de frutos  
te inunda, y de la noche  
las lágrimas se vuelven  
lirios en ti.*

La luz cegadora del escudo de la Hélade reduce al polvo a las hordas que el Asia, simbolizada en el río Araxes, lanza para abatir la libertad helénica, en la época clásica (II, 51-55):

.....  
*así lanzó el Araxes  
incontables guerreros,  
mas, oh escudo de Grecia,  
brillaste sobre el persa  
y polvo se hizo.*

La invasión persa es comparada en la misma Oda Segunda a la extensión de la luz solar, que va apagando los astros de la noche. Curiosamente, aquí, un hecho funesto participa, por excepción, a través del símil, de la luminosidad que por lo general acompaña o se asocia a los acontecimientos u objetos amados por el poeta (II, 46-50):

.....  
*o así como a la aurora  
se va extendiendo el sol,  
y los astros innúmeros  
desde el inmenso Olimpo  
todos los borra...*

El fulgurar y destellar de las armas es una de las formas indirectas que reviste la luz. No pueden dejar de aparecer en la Oda Segunda, dedicada a la Gloria (II, 101-2 y 111-15):

*Mira tú el destellar  
de las armas de Ares...*

.....  
*Si la aguza la gloria  
la espada centellea;  
si la gloria da fuego  
al alma de los griegos,  
¿quién vencería?*

En la Oda Tercera, pese a su clima nocturnal y fúnebre que, como se ha sugerido, hace recordar las *Noches* de Young, en el vasto juego de luz y sombras que se despliega en sus versos, *pareciera dominar paradójicamente la claridad*. El ambiente de la oda es introducido por la primera estrofa, que ubica el lugar en un viejo templo en ruinas; y por la segunda, que, en breves líneas, traza un panorama cósmico de gélidas tinieblas (III, 6-10):

*El universo todo  
recubren tenebrosas,  
quietas, heladas,  
de la noche profunda  
las vastas alas.*

Sin embargo, hay allí luz, la de la luna, que se presenta con un helado matiz de plata. Paradójicamente, es esa iluminación la que deja ver una tumba sin cirios o con cirios sin llama (III 21-30):

*Y desde el firmamento  
donde van navegando  
las nubes de alas negras,  
su plata helada  
la luna arroja.*

*Y un mármol frío, blanco  
y silente ilumina:  
apagado incensario,  
cirios sin luz ni ofrenda  
tiene el sepulcro.*

El sol, o sea, la luz, se confunde con la vida en las palabras que el espectro de la madre dirige al poeta (III, 67-70):

*... si la amargura  
de que el sol yo dejé  
ahora te domina,  
consuelo ten.*

Pero el vivir es a la vez morir dentro de la condición humana, y el sol parece dar ambas cosas en cada momento, envolviendo con ellas a los mortales, como una telaraña (III, 96-100):

*Viva me viste, hijo:  
el sol que en ciclos muévase  
—telaraña— envolviame  
con luz y también muerte  
en todo instante.*

Y es la luz de la luna la que permite el retorno efímero del espíritu de la madre al mundo terrenal (III, 106-8):

*Mas la luz ya se extingue  
de la luna: te dejo.*

Velozmente se van las palabras y la visión desaparece y la súplica del poeta queda sin respuesta. La oscuridad completa vuelve a reinar en aquellas ruinas. Y por única vez, el huérfano desterrado deja traslucir en unos cuantos versos aquello que constituyó acaso el mayor dolor de su vida difícil y amarga, la separación temprana de su madre (III, 118-130):

*Esfumóse.  
Y se quedan mis ojos  
en honda oscuridad.*

*¡Oh voz, oh madre mía,  
oh el firme consuelo  
de mis primeros años,  
ojos que me empapasteis  
con dulces lágrimas!*

*Y labios que besé  
tantas veces con tanto  
ardientísimo amor,  
¡cuán infinito abismo  
nos aleja y separa!*

Si el poema terminara aquí, es posible que fuera la idea de oscuridad la que predominara en el ánimo del lector. Pero el fúnebre y doloroso encuentro tiene por efecto reconciliar al poeta con la muerte. Ahora puede enfrentarla; puede ser ancla de salvación, aun con riesgo propio, para quienes se encuentran en peligro. Ahora se reaviva su ánimo libertario y su voluntad de abatir a los tiranos. Ahora puede servir con todo su ser a la verdad y trepar los *escarpados riscos luminosos* donde habita la virtud. Así pues, desde la cita con las sombras, arriba el poeta a las cumbres de la luz (III, 171-5):

*De una montaña a otra  
tal como vuela el águila,  
así los escarpados  
precipicios yo trepo  
de la virtud.*

En la Oda Cuarta, la luz es un don de doble aspecto, que la naturaleza vertió en los ojos del hombre, junto al miedo y a la esperanza. Ella permitió al cielo divisar sobre la tierra incontables tumbas, pues cuando los humanos conocieron el temor, empezaron por doquier las muertes y los crímenes (IV, 26-35):

*Después que en los dos ojos  
del primer hombre el miedo  
vertió naturaleza,  
y la áurea esperanza,  
la luz del día;*

*la mirada del cielo  
por sobre el amplio rostro  
de la tierra boscosa  
cavadas dejó ver  
tumbas innúmeras.*

El signo del sepulcro humano es la oscuridad, empero algunos poseen una luz propia, el destello de la inmortalidad, de la gloria. Por eso, así es el panorama de las tumbas (IV, 36-38):

*Muchas de ellas oscuras.  
En pocas brilla el astro  
de la inmortalidad.*

El tremular de las cuerdas de la lira, con cuyos sonos cantan las Musas a la virtud, es comparado en la Oda Quinta con el titilar de los astros, a los que el poeta llama luces. He aquí el principio y el final de la comparación compuesta, a la que aludimos con detalle en un estudio referente a este recurso estilístico en Kalvos (V, 26-30 y 36-37)<sup>1</sup>.

*Cuando infinitas tiemblan  
las luces de la noche,  
allí en lo alto desplégase  
la Vía Láctea y vierte  
de rocío unas gotas...*

*Así tiembla la lira  
bajo los dedos vuestros...*

La luz y la claridad no pueden dejar de estar asociadas al canto y a la actividad de las Musas. Ellas hacen brotar las flores perennes de la virtud para que *iluminen* el corazón humano (38-40); distribuyen la justicia y siempre obsequian sentimientos sublimes a los hombres (51-55); reservan los himnos para los justos, a los que otorgan la paz y las áureas coronas (66-70). A la vez, fustigan la injusticia y los crímenes de los tiranos. Aparecen, entonces, armadas del relámpago y del trueno y la luminosidad se hace violenta y violácea (V, 56-65):

*Espuma echan los vasos  
de la injusticia: cógenlos  
los muchos y sedientos  
tiranos y se llenan  
de embriaguez y de crimen.*

<sup>1</sup> "Imagen, simil, fantasía acústica y sentido del panorama", en Castillo Didier, M., *Ensayo sobre la poesía de Kalvos*, inédito.

*Relampaguead ahora,  
oh Musas, y coged  
ahora el trueno alado,  
y con certera mano  
golpead el blanco.*

Esa luz violeta es excepcional; es arma contra los injustos. Pero lo normal es que las Musas se dediquen a premiar la virtud y la justicia. Su morada primitiva fue el cielo, donde habitaban en medio de una inmaculada luminosidad (V, 71-75):

*Vivían en un tiempo  
las nueve olimpias voces  
allí donde entredanzan  
las hijas de la aurora  
portadoras de luz.*

Cuando al descender Apolo al valle de Delfos y vencer a los monstruos primitivos, la poesía y la música establecen su morada en el monte Cithérón y las Musas bajan desde el cielo, el advenimiento del arte y la belleza hace desaparecer a las bestias que representaban los instintos primitivos. La luz aparece venciendo al sueño de la oscuridad no directamente, sino a través de una breve comparación (V, 86-90):

.....  
*el ritmo amable entonces  
desciende y la mirada  
de los monstruos terráqueos  
borróse, cual se esfuma  
al alba el sueño.*

El mar, que desempeña un papel tan importante en la poesía kalviana, como lo destacamos en la sección *Kalvos, poeta del mar*, está estrechamente asociado a la luminosidad. El Egeo y el Jónico son piélagos de luz en las odas. Recordando la terrible masacre de Quíos y el cuasi despoblamiento de la isla, dice el poema VI (VI, 16-20):

*Los albísimos cuerpos  
de las niñas de Quíos  
ya no los bañas tú,  
luminosa y sagrada  
onda del Egeo.*

Verdad es que tal era la belleza de aquellas jóvenes, que ese claro mar llegaba a desdeñar la luz rosácea del despuntar del día (VI, 21-25):

*Cuando los senos puros,  
triunfo de las Gracias,  
al alba y al crepúsculo  
refrescabas, las rosas  
de auroras desdeñabas.*

La claridad de las llamas es recordada en esta oda en dos aspectos opuestos. Aquella que iluminaba antiguamente la asamblea festiva de las Musas —su *paneghiri*<sup>2</sup>—, y la que muestra los restos ensangrentados y humeantes de la isla de Quíos, asolada por la represión otomana, en 1822 (VI, 31-35 y 46-50):

*Allí do el paneghiri  
de las Musas de Grecia  
los fuegos encendía  
y de los pies el ritmo  
exultante escuchábase...*

*Ahí, de amor cuántos tálamos  
hoy devora la llama  
bárbaramente,  
espantoso holocausto  
de un tirano.*

La oscuridad y la bruma poseen un papel importante en la Oda a Quíos. *Son parte del panorama de la isla martirizada*. Están asociadas a las Erinias, a las que el poeta invoca, pidiéndoles castigar tanto crimen (VI, 36-40 y 56-70):

*La humareda entristece  
el éter azulado:  
de igual modo en la bruma  
de la muerte se ahoga  
una sonrisa joven.*

<sup>2</sup> Asamblea, reunión festiva.

*Creaturas terribles  
de la gimiente noche  
y del Hades profundo,  
a vosotras os llamo,  
las Erinias.*

*¿Por qué inoportunas  
seguid en las tinieblas  
del sueño y os tardáis  
los oníricos lazos  
en destruirlos?*

*Corred, corred aquí  
de vuestras grandes alas  
el rumor, y atended:  
corazón cruel, cobarde,  
os muestro de un tirano.*

Luego irrumpe nuevamente el fuego con su luz rojiza: son las llamas que ruega el poeta a las Erinias arrojar, junto a las feroces víboras que formaban sus látigos vivos, de acuerdo a la mitología antigua (VI, 71-75):

*Las antorchas allí  
sacudid, y una lluvia  
de fuego allí arrojad,  
allí, oh Erinias, miles  
de víboras lanzad.*

En seguida, cuando el poeta enumera los castigos que deberán recibir los verdugos que destruyeron Quíos, las tinieblas reaparecen. Para aquéllos, sus mujeres se vuelven estériles (se secan las palmeras de la diosa de la fecundidad, Eilitía) y la oscuridad de la noche deviene pesada cual lápida mortuoria; para ellos no hay luz ni alegría: los propios rayos diáfanos y vivificantes del sol se transforman en espinas de fuego (VI, 96-105).

*Se secan las palmeras  
de Eilitía y pesa  
sobre sus corazones  
la oscuridad nocturna  
como una lápida.*

*Ni luz ni alegría,  
sino espigas de fuego  
lanza el sol para ellos,  
y da la tierra hendida  
ríos de sangre.*

A excepción de la contenida en la última estrofa, las alusiones a la luz en la Oda Octava están relacionadas con la concepción religiosa del poeta, que aquí se muestra clara y profunda. El poema comienza con un verso rotundo: *Enas Theós ke monos*, un Dios y único. La majestad divina es presentada, imponente y serena, en dos estrofas de sobriedad clásica y de notable eficacia mostrativa (VIII, 1-10):

*Una Deidad y única  
desde el excelso trono  
centellea y contempla  
las obras infinitas  
de esas sus manos.*

*Penden bajo sus pies  
los pueblos todos, como  
flota la lluvia etérea  
mientras duermen del mundo  
los vendavales.*

El verbo usado por Kalvos es *astrapti*, lit. relampaguea, que toma el sentido de lanzar su luz propia. La palabra, certeramente utilizada, *parece iluminar el vasto panorama de la creación*, que contempla Dios desde su majestad infinita.

De inmediato el poeta pasa a la idea de la justicia, por la que tanto luchó y penó en su vida y la cual constituyó uno de los móviles fundamentales que lo llevó a emprender su obra poética (VIII, 11-20):

*Pero su voz se escucha,  
voz de justicia;  
las almas de los malos  
como gotas de sangre  
al Hades caen.*

*De los santos las almas,  
como bruma de plata,*

*ascienden a lo alto,  
y en torrentes disuélvense  
de luz y gloria.*

Las dos estrofas siguientes —que acaso puedan contarse entre las más bellas de las veinte odas— nos presentan un cuadro realmente apoteósico de luz. Si bien se nombra al sol, da la impresión que el poeta (que dentro de su obra piensa y habla siempre como adorador de la Antigüedad clásica) nombra a la vez a Dios, y al Sol (que escribe aquí con mayúscula), identificándolos. Verdad es que, a partir del verso 31, todo parece indicar que Kalvos se está refiriendo al astro del día. Pero dadas las notables “quebraaduras” de la lógica que en ocasiones constituyen uno de los encantos de la poesía kalviana y curioso anuncio quizás del lenguaje poético de nuestro siglo, nada obsta a aquella interpretación<sup>3</sup> (VIII, 21-30):

*Sólo contemplo al Sol  
en el éter flotando:  
a los cielos que giran  
en su torno gobierna  
con justa ley.*

*Luce en el horizonte  
cual imagen de dicha,  
e ilumina la tierra,  
las obras de los hombres  
laboriosos.*

En la última estrofa de la oda, después de dirigirse en forma reiterada y alternativa a los sarracenos y a los griegos, apostrofando a aquéllos y animando o compadeciendo a éstos, el poeta, al refutar la jactancia de los tiranos, concede no sin ironía cierta luz a los dinastas (VIII, 110-115):

*¡Igual que el Sol vosotros  
brillantes! Sí; ya veo  
fulgores de diademas,  
pero nuestras desdichas  
sólo iluminan.*

<sup>3</sup> Tal es justamente la de Meraklís, en su obra *Kalvu Odés Hermeneftikí ékdosi, Odas de Kalvos. Edición interpretativa.*

En la Oda Novena, la luz y la sombra aparecen sólo indirectamente. El autor ha comenzado su poema con una amarga queja sobre las desdichas que Dios parece permitir. Luego recuerda la fuente de las aguas milagrosas y eternas de la Virtud, que hacen fuertes a los hombres ante la desgracia (IX, 36-40):

*Que entonces sobrevenga,  
que venga a rodearos  
con nubes muy espesas,  
tenebrosas, tonantes,  
la desventura.*

Una energía divina presta alas al espíritu humano y permite que se alce luminoso y diáfano por sobre las tinieblas (IX, 41-45):

*Una fuerza divina  
entrega a vuestras almas  
alas leves y se alza  
diáfana vuestra frente  
sobre la noche.*

La gran oda *El Océano* se inicia con un extensa y notable comparación, que constituye todo un tercio del poema, desde el v. 1 al 65. En el interior del vasto símil se conjugan otros elementos, que no analizaremos aquí, ya que sería propio de un capítulo dedicado a la arquitectura de las odas. Recordamos sólo que el núcleo inicial del símil —la comparación de la larga esclavitud de Grecia con una inmensa noche— se desvía hacia la pintura de una noche real, para volver al final a su primer sentido. La primera estrofa enuncia la idea fundamental (X, 1-5):

*Tierra amor de los dioses,  
Grecia, madre de héroes,  
mi patria dulce, amada,  
noche de yugo sobre ti abatióse,  
noche de siglos.*

En seguida, en cuatro estrofas, el poeta traza todo un bellísimo panorama nocturno, en que oscuridad, desolación, quietud, silencio, se funden bajo las luces mudas y “acongojadas” de las estrellas (X, 6-25):

*Así en la infinitud  
de celestes desiertos,  
la oscuridad nocturna  
ha expandido los vastos  
fúnebres velos.*

*Y en las hondas tinieblas  
y el espacio sin fin  
las luces silenciosas  
de los astros se mueven  
acongojadas.*

*Las ciudades borrarónse,  
se borrarón los bosques,  
y dormido está el mar  
y los montes; y cesa  
el rumor de los seres.*

*A los reinos horribles  
de la muerte seméjase  
natura toda. Allí  
sonido jamás llega  
de himnos o trenos.*

A tal panorama de tinieblas pone fin el triunfo del día, descrito con el lenguaje alegórico de la mitología. Las herraduras de los corceles de Helios, que rivalizan en la carrera por los cielos, inundan todo de viva luz, llameante, áurea (X, 26-35):

*Pero las Horas abren  
las barras matutinas  
de los establos diósicos  
y los corceles de Helios  
infatigables salen.*

*Llameantes, áureos queman  
los senderos del éter  
los herrajes rivales;  
iluminan los cielos  
rutilantes crineras.*

El cuadro de la tierra ya plenamente iluminada, que traza el poeta en dos estrofas, parece respirar fresca. Han huido los sueños oscuros y las tinieblas (X, 36-45):

*Ahora el alba divisa  
en el fresco regazo  
de la tierra las flores;  
ahora se ven las obras  
de los humanos.*

*Los labios perfumados  
del nuevo día besan  
la frente reposada  
del universo: huyen  
sueños, tinieblas.*

La recapitulación del extenso símil la encontramos a partir del verso 61:

*A Grecia ensombreció  
noche de muchos siglos,  
noche de largo yugo,  
vergüenza de los hombres  
o querer de los dioses.*

Sigue una comparación breve entre los versos 66 y 70 y, a continuación, introducido por otro símil, se desarrolla ante nuestra vista un panorama lunar, en el cual la nocturna diosa de las tres caras, Hécate, contempla los dispersos barcos de los griegos, huérfanos de gloria, durante los siglos del yugo otomano (X, 71-85). Una especie de luz fúnebre, "brillo sin gloria", alumbra esta escena, cuyos cinco primeros versos pueden quizás sin exageración *considerarse maestros*:

*Cual sobre el infinito  
piélago de los sueños  
pocas desesperadas  
almas de muertos cruzan  
con lentitud,*

*así desde los bosques  
del Athos a las rocas  
de Cithera, arrastrando  
el moroso carruaje  
que cruza el cielo,*

*Hécate, la trimorfe,  
contemplaba los barcos  
del Egeo en los golfos  
brillar sin gloria, yendo  
todos dispersos.*

Este paisaje triste que se extiende por toda la Hélade, desde el Monte Athos, por el norte, hasta la isla de Cithera, en el sur del Mar Jónico, cambia del todo, cuando la Libertad, la “fulgurante hija de Zeus”, recuerda a la tierra helénica y baja a las costas de Quíos. Allí invoca al Océano, al mar, que fue siempre la fuerza y la gloria de Grecia, y le implora a fin de que la ayude a recuperar su trono usurpado. Al fundirse la Libertad y el Mar, la luz se esparce por doquier; se despejan los cielos; las olas resplandecen; la limpidez del sol deja ver el panorama paradisíaco de las muchas islas del Egeo (X, 111-120):

*Dijo, y al punto sobre  
las ondas del Océano  
se lanzó, y alumbró  
las lientas cumbres dióscas  
claro destello.*

*Resplandecen las olas  
cual los cielos; sin nubes  
límpido brilla el sol,  
las muchas islas muestra  
del Mar Egeo.*

El mar dará la victoria al pueblo griego en su lucha justa por la libertad. Y ahora mismo ve ya el poeta los grandes triunfos de los barcos helénicos. Otra luz, la de las llamas que consumen los navíos de los tiranos, ha de alumbrar las aguas (X, 169-177):

*Las prosas de los héroes  
he aquí que vuelan.*

*He aquí que hieren, rompen  
los navíos de línea  
de enemigos innúmeros:  
marinos, barcos, mástiles  
consume el fuego,*

*y devora el Océano  
sus restos...*

La primera oda de la segunda colección (XI) nos muestra un continuo juego de luz y penumbra. Los destellos ya tenues del atardecer prestan sus matices a las tres primeras estrofas (XI, 1-15):

*Si al nauta temerario  
de Poseidón las olas  
de la isla patria alejan  
antes que sobrevenga  
la negra noche,*

*con el alma transida,  
de pie sobre la popa,  
por sobre el mar contempla  
la quietud difundida  
y vespéral penumbra;*

*divisa las colinas  
amadas y los campos  
de la patria dulcísima  
teñidos todavía  
en oro por el sol.*

La oscuridad se hace ahora completa y parece ahondar el dolor del poeta que abandona la patria —Byron que deja Inglaterra o Kalvos que contempla por última vez su Zákynthos amada— (XI, 16-25):

*mas ya en las tenebrosas  
honduras del ocaso  
del fulgurante rey  
de los cielos sumióse  
el rayo último.*

*Se oscurece y transforma  
el perfil de la isla –  
rostro de virgen huérfana  
bajo la nube húmeda  
de la desdicha.*

La luz trémula de la primera estrella colocará su nota en la honda oscuridad. Y el poeta comparará a aquella con la esperanza que surge a la muerte del justo o del héroe de una causa justa (XI, 26-35):

*Si el marino alza entonces  
sus ojos apenados,  
ve ya sobre su tierra  
a medio cielo y trémulo  
el primer astro.*

*Así, si pierde el hombre  
la luz, y unas tinieblas  
venturosas lo cubren,  
vemos sobre él que surge  
un astro de esperanza.*

En vida de Byron, el mismo sol lo distinguía al iluminarlo con sus mejores rayos (XI, 46-50):

*Surcaba el sol ayer  
la senda celestial;  
con los rayos más fúlgidos  
tu frente iluminaba  
cual la de un inmortal.*

Fugazmente aparece la luz cuando el poeta compara la corona que Grecia preparó para Byron con aquellas que ostentan los tiranos (XI, 71-75):

*Te preparó la Grecia  
no la corona de oro  
que ilumina las sienas  
de los reyes ociosos  
o los tiranos...*

La luminosidad que parece emanar de la figura del poeta mártir, inmolado por la libertad helénica, se expresa incluso cuando la noche de la muerte lo ha aplastado definitivamente. Es entonces la palabra "lirio", la que pone una nota de claridad (XI, 106-8):

*Byron yace cual lirio  
bajo el pesado velo  
de aciaga noche . . .*

En la parte final de la oda, al reafirmar el poeta el duelo en que deja a los griegos la muerte de Byron, es la lira del bardo inglés, su poesía, la que espande en las alturas de Delfos (XI, 121-6):

*Aunque preclara y alta  
sobre la roca délfica,  
resplandezca la lira,  
orgullo de Britania,  
regocijo de Europa,  
  
siempre en duelo quedamos . . .*

La Oda A Psará (XII) comienza con una invocación al Día, Hemera, que entrega la luz con gracia y amor. Esta primera estrofa inicia una exaltación de los placeres que se extenderá hasta el verso 45, para ser luego condenada por el poeta y contrapuesta a la veneración de la justicia, la virtud y la libertad. La luz juega importante papel en las estrofas inicial y final de esta primera parte de la oda (XII, 1-5 y 41-45):

*Oh dulce y amorosa  
hija de Hiperión,  
cuán grata y agradable  
iluminas, Hemera,  
de párpados de oro.*

*De igual modo que brilla  
Iris la de pies rápidos  
y libre con los céfiros  
se marcha, así sin lágrimas  
los días pasan.*

Es a los fulgores violáceos de los relámpagos que acude el poeta para comparar las innumerables vainas de espadas que llegan a ocultar el suelo de la martirizada isla de Psará, arrasada hasta ser convertida en un auténtico desierto, sin habitante alguno (XII, 66-81):

*Aquí ninguna cítara  
corrompida ni orgías,  
ni bullicio de Ménades,  
ni juegos de Cupido,  
turban el alma.*

*Sino como al crepúsculo  
en estío, veloces  
y frecuentes estallan  
olímpicos relámpagos  
cegando a los viajeros;*

*de este modo las vainas  
en montón arrojadas  
ocultan tierra y riscos;  
el intrépido Ares  
de hierro armado*

*la isla remece...*

En la breve descripción de la heroica batalla que se dio en Psará, la luz posee su sitio no sólo a propósito de objetos físicos, como las espadas que entrechocan, sino también en relación con el espíritu de los isleños, cuyo anhelo por combatir por la libertad es cual un rayo celeste, cual una llama en floresta agitada por el viento (XII, 83-90):

*... en el aire  
puntas de espadas miles  
chocan y fulgen.*

*Un clamor se levanta,  
solamente un anhelo,  
y cual rayo celeste,  
llama en bosque agitado,  
los pechos quema.*

Los mártires de Psará no olvidan la luz del día, al dar su adiós al mundo, cuando comprenden que la muerte de todos ellos es segura (XII, 86-87):

*Cálida luz del día,  
adiós por siempre os damos...<sup>4</sup>*

En la sección final de la oda, en la cual se describe brevemente el holocausto, la luz del relámpago a que alude el poeta no constituye un símil o un símbolo, como a primera vista pudiera considerarse. Es el recuerdo de un *hecho histórico bien concreto*: el estallido del polvorín de la isla, provocado por los mismos defensores griegos, cuando comprendieron la imposibilidad de seguir resistiendo. La explosión remeció e iluminó con apocalíptico resplandor el pequeño territorio.

Luego que todo se ha consumado, por sobre el desierto ensangrentado de ruinas y cadáveres, la Libertad ofrece dos coronas: una terrenal, efímera como todo lo terreno, y una celestial, hecha de astros, de luz eterna (XII, 107-115):

*Un relámpago. Un sismo  
bélico: en tumba excelsa  
héroes duermen,*

*Sobre la inmensa ruina  
la Libertad enhiesta  
ofrenda dos coronas:  
una de hojas terrenas,  
la otra de astros.*

En la oda *Los brulotes*, al describir el poeta las ruinas dejadas por la terrible represión otomana en la isla de Quíos, la luz —luz de llama— aparece en el recuerdo de las doncellas martirizadas (XIII, 6-10):

*¿Qué fue de tus doncellas  
maravillosas, de alma  
cual una llama, labios  
cual rosas en rocío,  
cuello cual leche?*

<sup>4</sup> Anotamos, sólo de paso, que la despedida de la vida y la invocación a la “cálida luz” no sólo puede considerarse reminiscencia clásica, ya que constituye un motivo común en la riquísima poesía popular mortuoria neogriega.

Es tan horrendo el espectáculo de muerte y destrucción, que el poeta interroga a la luz, en su forma de rayos del sol al amanecer (XIII, 41-45):

*Rayos del sol al alba,  
¿para qué aparecéis?  
¿Acaso gusta ver  
obras de criminales  
el ojo de los cielos?*

En la escena en que la poderosa escuadra otomana merodea amenazante por Quíos, el fulgor del sol en los velámenes y de las espadas sobre las aguas, pone una nota de luz trágica (XIII, 66-70):

*Mira tú cómo el sol  
sus velámenes dora,  
y mira cómo el piélagos  
con reflejos de espadas  
trémulo brilla.*

Cuando la bravura y la destreza de Kanaris, el vengador de Quíos, han logrado infligir grave daño a la flota turca, son los fulgores del incendio —ahora de triunfo— los que iluminan la escena. La luz toma ahora, pues, otro matiz y otro sentido (XIII, 176-185):

*Ah, cómo de mi vista  
velozmente borrose  
la escuadra y ahora veo  
sólo llamas y humo  
que al cielo llegan.*

*Mirad, otra vez surgen  
del marítimo incendio  
vencedoras y a salvo  
las dos naves oscuras  
y milagrosas.*

Son ellas, aquellas naves, los dos barcos audaces de Kanaris, que se alejan veloces, surgiendo desde la densa humareda a la claridad (XIII, 186-88):

*Alejándose vuelan;  
hendiendo los espacios  
azulados . . .*

En la *Oda A Samos*, dentro de una serie de recuerdos de los nombres ilustres ligados a la historia de la isla, la alusión a Pitágoras parece difundir luminosidad (XIV, 41-45):

*Y las áureas palabras  
inspirabas a aquél  
que hizo hendirse las nubes  
y se vio la armonía  
de las estrellas.*

Luego, la luz real de la hermosísima isla, su claro cielo de intenso azul, surgen ante nuestra vista (XIV, 46-53):

*Morada de los céfiros,  
cuando en otros lugares  
quema el sol las montañas,  
o la noche congela  
en invierno las fuentes,*

*tú el pecho florecido  
y el cielo luminoso  
tienes . . .*

La imagen espléndida de Samos que surge ante el navío que surca el Mar Icarío, se nos aparece en el poema luego de dos comparaciones plenas de luminosidad (XIV, 56-70):

*Cual antes que anochezca  
en el aire azul puro,  
sola, resplandeciente,  
se muestra de Afrodita  
la dulce estrella;*

*y como un mirto altivo  
recargado de flores  
y de rocío brilla  
al saludarlo el alba  
de áureo cinto;*

*así el bajel que surca  
del Mar Icario el agua  
entre islas divisate  
espléndida y excelsa  
y regocíjase.*

Cuando después de siglos de esclavitud suena por fin la voz de la libertad, Samos desempeña un papel glorioso en la gesta emancipadora. Los riscos y cavernas de la gran isla se encienden con las llamas de la rebelión justa y justiciera (XIV, 76-80):

*Vuelven, oh venturosa  
isla, vuelven de nuevo;  
lo anuncian tus cavernas  
llameantes de do brotan  
puñales miles.*

En la Oda A Suli, la guerra libertaria del pueblo griego es calificada como una fiesta luminosa, brillante (XV, 11-15):

*Otra brillante fiesta  
hoy día se celebra  
en la Hélade: danza  
el ángel de la guerra,  
laureles da.*

En esta oda, la oscuridad desempeña un papel importante, como ocurrió en la realidad, durante la batalla de Karpenisi que el poema quiere celebrar. Después de describir el lugar del combate y los aprestos de las fuerzas que van a enfrentarse, el poeta describe la llegada de la "sagrada noche", con su "envoltura terrible". La mayoría abrumadora de los turcos no pudo imponerse al pequeño número de griegos, a los que vino a ayudar también la noche. A ella invoca el poeta para que vierta sus sombras más profundas (XV, 76-95):

*Entre tanto del día  
la luz se hizo invisible,  
y los cielos recubre  
tu envoltura terrible,  
sagrada noche.*

*Madre de pensamientos  
elevados y de almas  
audaces mediadora,  
celeste noche, hermana  
de la justicia.*

*A menudo castigas  
pueblos pródigos, necios,  
y trocas a menudo  
el cinto del tirano  
de oro en ceniza.*

*Ahora vierte aquí  
tu más densa tiniebla.  
Que un hombre a otro no vea,  
que no distinga el ojo  
un brazo armado.*

La feroz batalla se desarrolla en plena oscuridad. El poeta sigue el curso de la lucha sólo a través del oído. Como lo destacamos en otro estudio, es notable la *eficacia de la representación acústica* de esta batalla. Excepcionalmente actúa aquí la vista. Son los proyectiles de las armas de fuego los que colocan su chispa de luz en medio de las tinieblas (XV, 113-115):

*Cual centellas del cielo  
caen muchos y súbitos  
mortales proyectiles.*

El combate se prolonga hasta la misma aurora, cuya luz parece hacer surgir un panorama de serenidad límpida luego de la angustiosa refriega nocturna desarrollada en la confusión de la oscuridad (XV, 126-130):

*Ya cesó toda lucha;  
retrocede la noche:  
pálidecen los astros  
y blanquean purísimos  
los valles límpidos.*

Sin embargo, todavía es posible percibir otras especies de luz suscitadas para nosotros por la pluma del poeta: las almas de los



*Jamás me deslumbraron  
riqueza o grandes nombres;  
jamás me deslumbraron  
rayos de cetros.*

Los tiranos abundan desgraciadamente; los reyes por naturaleza no pueden ser buenos. Son tantos que (XVI, 21-25):

*Si cada vez que muere  
un rey malo apagara  
una estrella la noche,  
sólo pocas quedarán  
luces celestes.*

La luminosidad maligna de los utensilios de oro de aquellos extranjeros que se han enriquecido y que ofrecen a Grecia una falsa protección con el fin de obtener provecho, contrasta con la oscura necesidad de los pobres y desposeídos (XVI, 31-35):

*Cuántos padres entregan  
no pan sino que besos  
a sus hijos hambrientos,  
mientras que en vuestros labios  
brillan vasos de oro.*

La idea de la justicia divina y de su intervención en la tierra, tan presente en la obra kalviana, aparece también en esta oda. El fulgor de las centellas que Dios lanza sobre los seudoprotectores que propugnan una nueva tiranía, brilla en esta estrofa (XVI, 61-66):

*Tendéis ahora la mano  
diz para protegernos.  
¡Retíradlas, atrás!  
ve Dios a los malvados  
y centellas les lanza.*

La Oda *La visión* nos traslada a un escenario tenebroso. El poeta ha caído a un abismo al abrirse la tierra bajo sus pies (XVII, 6-10):

*Cuánta noche y espanto  
juntóse aquí donde entro  
cayendo. ¿Es una gruta  
o una grieta del Hades?*

Pero las espesas tinieblas ceden el paso al fulgor imponente de la visión de la Grecia arrasada por una guerra crudelísima. Se trata de un verdadero *piélago de llamas* (XVI, 21-25):

*En lo profundo veo  
una chispa: se acerca,  
crece —círculo inmenso—;  
cual piélago de llamas  
ante mí se ha extendido.*

Una vez más nos viene al pensamiento la imagen bíblica de ciudades o países consumidos por el fuego. Pero la llama no es aquí obra de la ira divina, sino de la barbarie desencadenada sobre un pueblo que intenta conquistar la libertad a toda costa.

Antes, como la luz clara y acogedora de las estrellas fulguraba el conjunto de las doncellas y las madres griegas asesinadas, violadas, vendidas como esclavas en Oriente: claridad distinta de aquella de las llamas destructoras (XVII, 31-35). Ahora pasan ellas, muertas, entre las aguas ígneas, ante los ojos conmovidos del poeta:

*Doncellas pasan, madres.  
Su multitud brillaba  
cual astros y felices  
eran, mas las asió  
hora mortal.*

Cuando la visión sobre las aguas se va borrando, en medio de una claridad brumosa, el poeta divisa el espectáculo sobrecolector de la tierra arrasada (XVII, 51-61):

*Desierto ahora el mar  
está, y allí a lo lejos  
cual nubes en confin  
vespertino diviso  
islas y tierra.*

*Ciudades devastadas  
allí se ven y restos  
de torres, templos, pueblos,  
barcos, arados y armas  
abandonados.*

*Ser viviente no veo . . .*

Al final de la oda, el poeta presenta a la Discordia, que tanto mal causa a la Revolución Griega. En medio de ésta, se ha desarrollado una verdadera guerra civil, que amenaza con llevar al desastre total a la gesta liberadora. Suspendida en el aire, grande, terrible, "con alas desplegadas, cual un águila inmóvil", la funesta Discordia se jacta de su obra destructora. El fulgor rojo de la sangre que vierte ilumina trágicamente el paisaje griego. He aquí otro matiz de la luz que baña las Odas (XVII, 76-80):

*La blasfema así hablando  
de dos vasos derrama  
sangre y todo se tiñe  
de púrpura: la tierra,  
valles celestes, islas.*

Por fin, cuando la visión ha desaparecido completamente, el cielo, el aire, parece descender diáfano y puro, y refresca el alma del poeta. A esa luz, puede ver a la Hélade aún viviente, que prosigue el combate sagrado (XVII, 81-90):

*Cual sueño se ha disuelto  
la visión. Y purísimo  
va descendiendo el aire  
y refresca mis labios  
y el alma mía.*

*¡Oh Hélade! —¡oh mi patria!,  
de esperanzas dulcísimas,  
madre, te veo aún  
viviente y combatiendo  
y me reanimo.*

En la antepenúltima oda de la segunda colección, *A la Victoria*, la presentación de Nicea nos ubica en un clima luminoso,

desde la llameante imaginación humana que ve en la diosa una "obra del cielo", hasta el astro inextinguible que fulgura en la frente de la deidad. Sombras de siglos nada pueden contra ella (XVIII, 1-15). Y ahora, la mano de la Providencia le va mostrando a los heroicos griegos desde nubes nimbadas de oro:

*Ser, tú a quien la llameante  
fantasía del hombre  
como una alada virgen  
en el éter contempla,  
obra del cielo,*

*siempre en tu frente brilla  
un astro inextinguible,  
oh Nicea: se juntan  
en torno tuyo en vano  
noches de siglos.*

*La mano que los velos  
de los cielos tendió  
desde nubes doradas  
surge y te va mostrando  
hombres heroicos.*

Al cantar el poeta las victorias griegas, compara la derrota otomana con la destrucción de un inmenso cañaveral al que se le ha pegado fuego. La imagen del incendio se presenta en el interior de un símil extenso, al cual aludimos en detalle en otro capítulo de este ensayo. Aquí recordamos el pasaje relativo a las llamas y aquél que muestra el brillo sereno de la superficie de las aguas del lago, luego de arrasadas las innumerables cañas (XVIII, 31-40):

.....  
*pero los cazadores  
pegan fuego allí dentro,  
y al punto de un extremo  
pasa la llama al otro,  
quemando todo:*

.....  
*Desierto, descubierto,  
 brilla ahora el espejo  
 de las aguas; el viento  
 los restos dispersó  
 de humo y ceniza...*

En el breve recuerdo del aplastante poderío otomano, el rutilar de las espadas chispeantes coloca una fugaz nota de luz (XVIII, 46-47).

*¿Dónde están tantas chispas  
 de espadas fulgurantes?*

Luego aparece ante nuestros ojos la sombra oscura y honda del Hades, que devoró a los opresores de Grecia. Y en la bellísima estrofa siguiente, hallamos una reflexión sobre el curso inexorable del tiempo, provocada como de paso por el pensamiento de la muerte de tantos otomanos. Al piélago de los siglos, *notable imagen de la infinitud de los tiempos*, bajo el sol, caen las horas como gotas de fuego. El tiempo, las horas, se han convertido en *gotas de luz ígnea* (XVIII, 51-60):

*Ancho, oscuro, profundo  
 e inevitable abrióse  
 bajo ellos el Hades;  
 se sumieron, perdiéronse;  
 la tumba se cerró.*

*Bajo el sol de este modo,  
 como gotas de fuego,  
 al océano caen  
 de los siglos, se esfuman  
 las horas para siempre.*

El laurel que en el cielo espera a Nicea, a fin de que ésta teja coronas para quienes caen en la batalla justiciera por la libertad, es custodiado por un ángel luminoso. Y las rosas que agregará la Victoria a los ramos de laurel son claras y lucientes como estrellas (XVIII, 71-4 y 86-90):

*Camina al Paraíso;  
allí crece un laurel;  
un ángel esplendente  
lo custodia y lo riega...*

*Albísimas y frescas  
cual astros matutinos,  
crecen bajo el pisar  
divino y a menudo  
al mundo caen.*

En el poema *Al traidor*, bien calificado como “oda shakespeariana”, la negación de la luz es elemento dominante. Oscuras son las armas del traidor y oscura nube lo persigue cual presagio de castigo. Hasta el mismo rayo que pende sobre él llega a aparecérsenos como negro, paradójicamente (XIX, 1-5 y 11-15):

*Las espaldas volvió.  
Huye, huye el traidor;  
arrastra oscuras armas  
ponzoñosas; su pecho  
volvióse infierno.*

*Una gran nube negra  
en el aire acompáñalo;  
incommovible aún pende  
un rayo sobre él  
y el hado vigilante.*

El traidor Varnakiotis evita la luz del día y anhela la noche, aunque finalmente ésta aumenta sus temores y hace crecer su delirio. Dentro del mundo moral del poeta, en que el amor a la libertad y a la patria constituye la más alta virtud y en el que la virtud se asocia, hasta casi la identificación, con la belleza y ésta, a su vez, con la luz, era natural que la acción más abominable —la traición a la causa justa de la libertad de la Grecia— sea conectada con la oscuridad, con las tinieblas (XIX, 26-35):

*Evitas tú la luz  
del día, temeroso  
que las largas espadas  
de los traicionados  
te puedan descubrir.*

*La noche invocas: viene,  
pero en la oscuridad  
envueltos te imaginas  
enemigos armados  
y quedas cual insano.*

Hasta la tumba del traidor debería ser oscura, desconocida, para evitar que el odio de los traicionados lo siga más allá de la muerte (XIX, 73-75):

*Trata de que tu sino  
una tumba te otorgue  
oculta a todos.*

En contraposición a la penúltima, la última oda está dedicada a un objeto que brilla con luminosidad propia, el ara de la patria (XX, 1-5):

*Corred, corred, hermanos,  
almas nobles, ardientes;  
en torno del altar  
fúlgido de la patria,  
todos corred.*

Ante el altar relampagueante, resplandeciente, *astráptonda*, de la patria, los griegos deben dejar de lado toda división y mezquindad y ofrecer cada uno su sacrificio valioso y diáfano (v. 14). Esta es la última alusión a la luz en el último de veinte poemas en que, como hemos podido ver a través de una rápida ojeada, la luminosidad está siempre presente, con variadas formas, matices y sentidos, en cierto modo quizás reflejo de aquel *katharótaton fos*, la luz purísima, *clásica y neogriega*, de la que bebió y en la que vivió el ardiente poeta de las Odas.

## II) *Kalvos, poeta del mar*

En su breve obra, Kalvos es acaso el más grande poeta griego del mar. La esencia griega de su poesía se manifiesta en forma notablemente nítida en la *presencia en ella del mar* y de todo lo que con él se relaciona. Porque, en verdad, es difícil pensar en algo más típicamente griego que la unión del hombre y del pue-

blo con el mar, desde el amanecer de la historia helénica hasta hoy.

Como tantos griegos antes que él y después que él, Kalvos nació en una isla, vivió su niñez en el ambiente marino de la pequeña *Zákinthos*, y luego, cuando tempranamente la vida lo arrojó a caminos extranjeros, pasó de una isla a otra, de un puerto a otro. A su retorno del primer exilio, llegó a otra de las Islas Jónicas, a Kérkyra (Corfú), desde donde partió a su último destierro, a la isla grande de Inglaterra. Casi un siglo después de su muerte, en 1960, sus cenizas habrían de viajar desde la isla que lo acogió en su ancianidad solitaria y amarga hasta la “pulcherrima insula” natal, a la que amó el poeta con tan intensa y pura pasión.

Habíamos realizado el inventario de todo aquello que dice relación con el mar en las odas, cuando tuvimos oportunidad de leer el hermoso trabajo de Eva Catafygiotu Topping “*Thalasa Thalasa: an Essay on Kalvos*”<sup>5</sup>, estudio rico en sugerencias que, de acuerdo con la información de la autora, es parte de una labor más vasta sobre el mar y Kalvos.

Muy acertada es la conexión que hace Eva Catafygiotu entre “las islas” del poeta y su visión apasionada de un mundo libre y justo: “Junto con las seis odas marinas, se desarrolla la visión poética de Kalvos de un universo de paz y justicia, en el que hombres libres cultiven las artes. Su visión posee su principio en el recuerdo de *Zákinthos*, una isla encantadora habitada por hombres libres<sup>6</sup>. Al final del ensayo la autora insiste en esa idea: “. . . el mar griego y las islas de ensueño y realidad, del mito y de la historia, modelaron la “conciencia marina” de Kalvos. *I thálassa* (el mar) y *tá nisiá* (las islas) iluminan su visión. La lira jónica de Kalvos canta un paraíso áureo, el reino de la libertad, la Virtud y las Musas, un reino creado por héroes y poblado por hombres libres<sup>7</sup>.”

Ya el poeta Kostís Palamás, crítico clarividente y agudo, había señalado en 1888 la significación del mar en la poesía kalviana: “Pero el elemento de Kalvos es el mar. Sobre las glaucas olas del Mediterráneo flota su oda como una Galatea indomeñable”<sup>8</sup>.

<sup>5</sup> En *Neo-Hellenika*, Annual Publication of the Center for Neo-Hellenic Studies, Austin, Texas, II, 1975, pp. 259-279.

<sup>6</sup> Catafygiotu Topping, E., *Thalasa, Thalasa: an Essay on Kalvos*, p. 268.

<sup>7</sup> *Ibid.* p. 279.

<sup>8</sup> Palamás K., “Ta prota kritiká”, “Primeros estudios críticos”, *Obras Completas*, vol. II, p. 33.

Observación certera. El mar no se halla sólo en las seis odas dedicadas a islas o a temas específicamente marinos —*El amante de la patria*, *A Quíos*, *El Océano*, *A Psará*, *Los brulotes*, *A Samos*—, sino que está presente prácticamente en todos los poemas, o mejor expresado, en toda la poesía de Kalvos. El recuerdo, la imagen, el rumor, la infinitud, la potencia, la majestad, la luminosidad del mar, irrumpen por doquier; se filtran a través de comparaciones, de reminiscencias, colocan pinceladas incluso en aquellos lugares o paisajes en donde no pudiera esperarse su aparición. Es notable el uso del mar como *elemento simbólico* en el interior de figuras o símiles relativos a la muerte, al tiempo, al fuego, al ensueño.

Examinemos primero las odas dedicadas a las islas y luego aquéllas cuyo motivo es el mar mismo, como son *El Océano* y *Los brulotes*.

La obra poética de Kalvos se abre con una oda dedicada a su isla natal, Zákynthos. Tradicionalmente se la califica, junto a la tercera, *A la Muerte*, como el poema más personal de Kalvos, aquél en que por excepción se nos aparece el “yo” del poeta. Ese hombre sensible y difícil, cuya vida transcurrió de amargura en amargura y de dificultad en frustración, no dejó, con todo, trazas de su alma dolorida en sus veinte poemas. Hesseling destacaba esa característica del cantor de la libertad de Grecia: “Aunque estas dos pequeñas colecciones hayan aparecido en una época ya plena de preocupaciones para él, poco después de la muerte de su primera esposa y de su único hijo, no se encuentra aquí ninguna amargura, sino, sólo en ciertos pasajes, una melancolía a la cual domina, por otra parte, su entusiasmo por la belleza de Zákynthos y el esplendor de la Hélade”<sup>9</sup>.

Seguramente, el alto concepto que el poeta tenía del mundo de ideas y sentimientos excelsos que cantaba —la Libertad, la Virtud, la Belleza, el amor a la patria—, le hacía considerar como indignos de ser objetos de la poesía los afectos y amarguras personales.

En *El amante de la patria*, el lirismo se difunde diáfano y cálido, pleno de amor, de nostalgia, por la pequeña tierra paterna, la isla bellísima y poética de Zante, diminuta parte de la Hélade por la que vivió y vibró siempre el alma del poeta. Entre las innumerables y maravillosas islas griegas, esas “creaturas del mar”,

<sup>9</sup> Hesseling D. C., *Histoire de la Littérature Grecque Moderne*, trad. de H. Pernot, p. 71.

Zákinthos es la "isla milagrosa", la "isla de las maravillas" (I, 1-5), la que entregó al cantor la vida y la inspiración poética:

*¡Oh amadísima patria,  
isla maravillosa,  
Zákinthos; tú la vida  
me entregaste y los áureos  
dones de Apolo!*

Cuando durante el largo destierro el poeta añora su tierra patria, su visión emocionada se acrecienta justamente en los momentos en que la luz baña los mares extranjeros (I, 16-20):

*Más feliz o infeliz,  
cuando la luz ornaba  
el mar y las montañas,  
delante de mis ojos  
yo siempre te tenía.*

Es el mar el que nos proporciona la primera vista de Inglaterra, de la Albión, donde el joven Kalvos iría a beber en la fuente de la libertad (I, 36-40):

*Grandes, embravecidas,  
corren del mar las olas,  
y se arrojan y rompen  
con violencia en las rocas  
albionenses.*

Todo el recuerdo de Zákinthos constituye un elogio emocionado de la isla. Pero también dentro de él, el mar está siempre presente: acaricia los cuerpos de las bellas zantiotas; recibe las barcas en que pasean los enamorados; se penetra con el aroma de los limonares (I, 76-90):

*Y cuando el cielo enciende  
el astro vespertino,  
y navegan esquifes  
plenos de amor y cantos  
armoniosos,*

*las mismas olas besan,  
acarician las mismas  
brisas el cuerpo y pecho  
de las bellas zantinas,  
flor de doncellas.*

*Perfumado es tu ambiente,  
mi amadísima patria,  
y se enriquece el piélago  
de las bellas zantinas,  
de los citros dorados.*

El Mar Jónico, donde está situada la isla de Zante, es elogiado por haber nacido en él la diosa del amor y haber recibido allí las primeras caricias de los céfiros (I, 71-75):

*Besó el cuerpo primero  
de Afrodita el Mar Jónico;  
y primero su pecho  
del Jónico los Céfiros  
acariciaron.*

El siguiente poema dedicado a una isla, dentro de la primera colección, es la Oda Sexta, A Quíos. Las hijas del mar, las Océánides, aparecen al comienzo, luego de una comparación fúnebre, como para significar el dolor del Océano y del mundo ante la bárbara matanza y destrucción que aniquiló a Quíos en 1822 (VI, 1-15):

*Cual cuando de los labios  
de los mortales pende  
una flauta muy triste  
y su son con esfuerzo  
trémulo brota;*

*cual en el bosque espeso  
al crepúsculo sopla  
la dolorida ráfaga  
del sur y se asemeja  
a llanto humano;*

*así a la desolada  
 ribera de la isla,  
 así las Océánides  
 hacen venir las olas  
 y sus lamentos.*

El trágico destino de las jóvenes de Quíos se recuerda asociado a las aguas del Mar Egeo, que antes bañaban sus albísimos cuerpos y que ahora se han quedado solas (VI, 16-26):

*Los albísimos cuerpos  
 de las niñas de Quíos  
 ya no los bañas tú,  
 luminosa y sagrada  
 onda del Egeo.*

*Cuando los senos puros,  
 triunfo de las Gracias,  
 al alba y al crepúsculo  
 refrescabas, las rosas  
 del alba desdeñabas.*

*Sola has quedado ahora . . .*

Las aguas del Egeo son luminosas y sagradas para el poeta: es *el mar griego por excelencia* y en él y en sus contornos se despliega la bellísima constelación de las islas helénicas. Allí están Psará y Quíos, las islas mártires a las que dedica Kalvos dos de sus odas más dramáticas y hermosas. Y ese mar es el centro de las dos grandes odas que exaltan las acciones marítimas de la Revolución: *El Océano* (X) y *Los brulotes* (XIII). Y en uno de sus costados está la gran Samos, la isla rebelde y heroica cantada por la Oda XIV.

La primera colección de poemas concluye con la oda *El Océano*. Antes de que el poeta se refiera al mar, un vasto panorama de desolación y sombras (v. 1-70) nos recuerda los siglos de esclavitud de la Hélade. La visión marina nos llega a través de la figura de la diosa lunar, Hécate, la de tres caras, quien pasea su mirada por toda Grecia, desde los boscosos montes del Athos en el norte, hasta los roqueríos de la isla de Cithera, en el extremo sur del Mar Jónico. Resulta también un panorama sombrío: el

mar, que siempre dio gloria a la Hélade, es surcado ahora sólo por barcos dispersos que vagan en medio de la humillación. A su vez la visión de Hécate es introducida por una comparación dentro de la cual figura otro mar, un *piélago metafórico* (X, 71-85):

*Cual sobre el infinito  
piélago de los sueños  
pocas desesperadas  
almas de muertos cruzan  
con lentitud,*

*así desde los bosques  
del Athos a las rocas  
de Cithera, arrastrando  
el moroso carruaje  
que cruza el cielo,*

*Hécate, la trimorfe,  
contemplaba los barcos  
del Egeo en los golfos  
brillar sin gloria, yendo  
todos dispersos.*

Fue entonces cuando la Libertad recordó a la tierra del poeta y bajó hasta las costas gloriosas de Quíos, isla mártir y heroica. Desde allí invoca al mar, al Océano, quien es el único ser que puede auxiliarla para que recupere su trono en Grecia. *Será del mar de donde verán los helenos retornar la libertad y la luz* (X, 96-105):

*Océano, oh padre  
de los coros eternos,  
mi voz escucha, y cumple  
al fin el grande anhelo  
del alma mía.*

*Trono glorioso en Grecia  
yo tenía; tiranos  
hace mucho lo usurpan;  
ayúdame tú hoy,  
dame mi trono.*

Luego, poniendo toda su esperanza en el amor del Océano, se arroja a sus aguas y la luz se derrama por las húmedas cimas (X, 111-115):

*Dijo, y al punto sobre  
las ondas del Océano  
se lanzó, y alumbró  
las lientas cumbres dióscas  
claro destello.*

En la visión de luz que ahora se abre ante nosotros, *el paisaje griego del mar Egeo* se despliega con toda su claridad y se divisan las islas innumerables (X, 116-120):

*Resplandecen las olas  
cual los cielos; sin nubes  
límpido brilla el sol:  
las muchas islas muestra  
del Mar Egeo.*

La anhelada hora de la libertad ha llegado. La lucha ha estado. Y en el mar se decidirá el destino de la Hélade. El silencio ominoso de siglos oscuros desaparece ya (X, 121-130):

*Oye ahora: cual viento  
impetuoso en los bosques,  
el vocerío se alza;  
escucha de los barcos  
el "¡ea vamos!"*

*Por mil proas hendida,  
la mar espumorea;  
y las vergas aladas  
libres se despliegan  
rasgando el aire.*

Los griegos recuperan ya la confianza en sus fuerzas y, al igual que las águilas al percibir la energía de sus alas menosprecian el ruido de los truenos, así ellos no temen las amenazas del poderoso enemigo (v. 131-145).

Invoca ahora el poeta a las islas que se hicieron famosas por su contribución a las victorias marítimas de Grecia: Psará, Spetsíes e Hydra (X, 151-155):

*Orgullo de los rocales  
maravillosos, salve  
(Psará, Spetsíes Hydra),  
en donde nunca ancló  
temor alguno.*

Sigue la invocación a los navíos griegos, que aparecen casi confundidos con los combatientes mismos (v. 156-165), para que destruyan la escuadra otomana. Ahora se despliega ante la vista del poeta *la multitud de las embarcaciones helénicas*, a la que gobierna la mano de los cielos. Sobre las aguas se desarrolla la acción que termina con la ruina del poder marítimo de los enemigos de la Hélade (X, 166-177):

*¡Oh mano celestial!,  
gobernando te veo  
los timones terribles;  
las proas de los héroes  
he aquí que vuelan.*

*He aquí que hieren, rompen  
los navíos de línea  
de enemigos innúmeros:  
marinos, barcos, mástiles  
consume el fuego,*

*y devora el Océano  
sus restos...*

La oda termina en forma triunfal y el poeta apostrofa a los otomanos, desafiándolos a reunir una nueva flota, para que los griegos puedan conquistar nuevos laureles. Es claro que para Kalvos sólo el mar ha de otorgar a la justa causa helénica la victoria definitiva.

La segunda oda de la segunda colección, dedicada a Psará, la isla martirizada hasta ser convertida en desierto, se inicia con una extensa introducción. Esta exalta los placeres para contraponerlos a la grandeza del cultivo de la virtud y la libertad (XII, 1-45 y 46-60). A continuación, se abre ante nuestra vista *el panorama de las aguas tempestuosas del Mar Egeo y de la isla sacrificada* (XII, 61-65), la isla inocente, la isla justa:

*He aquí las agitadas  
aguas del Mar Egeo:  
de Psará la inocente  
y la justa allí están  
las escarpadas rocas.*

Ni bullicio de música de orgías ni juegos ni placeres turban el alma en esta tierra sagrada (XII, 71-81),

*sino como al crepúsculo  
en estío, veloces  
y frecuentes estallan  
olímpicos relámpagos  
cegando a los viajeros;*

*de este modo las vainas  
en montón arrojadas  
ocultan tierra y riscos:  
el intrépido Ares  
de hierro armado*

*la isla remece . . .*

El bullicio de miles de instrumentos y el chocar de las espadas resuena, mientras se eleva el clamor de los psariotas, decididos a morir todos en el "combate santo". Los griegos se despiden de la luz y de la vida. No tienen otro camino, pues hasta las costas de Psará ha descendido, aullando feroz, la turba de los hijos de Agar, los musulmanes otomanos. Esta vez *el mar trae a la vez a la isla, la gloria y la muerte*. Los últimos defensores del fuerte han de esperar que los atacantes hayan avanzado bastante hacia las defensas postreras, para pegar fuego al polvorín.

Antes que volverse esclava, la isla de Psará prefirió convertirse en solitario y desierto cementerio de héroes mecido por las olas del Egeo. En sus tierras no quedó un alma viviente.

*El Mar Egeo —y dentro de él la isla de Quíos—* constituye el escenario de la oda *Los brulotes*. El poema canta la venganza que Kanaris tomó de la masacre de Quíos, en 1822, recordando primero las atrocidades cometidas por los turcos en varias de sus islas.

El paisaje idílico de las hermosísimas islas egeas se ha transformado en un cuadro de desolación y sangre (XIII, 1-15):

*Verdes y perfumadas  
islas del Mar Egeo,  
oh venturosas tierras,  
donde siempre moraban  
paz y alegría.*

*¿Qué fue de tus doncellas  
maravillosas, de alma  
cual una llama, labios  
cual rosas en rocío,  
cuello cual leche?*

*En vuestros ricos huertos  
lirios y salvia en vano,  
solitarios, florecen;  
ni una mano se encuentra  
para regarlos.*

Valles, bosques, campiñas, se ven abandonados. El despueblo de las tierras por efecto de las masacres masivas y la esclavización y venta en los mercados de oriente del resto de las poblaciones, ha dejado a los animales sin sus dueños, a los viñedos sin sus cultivadores y a la floresta sin sus cazadores (XIII, 16-25).

*Vuestros valles, florestas,  
en que voces sonaban  
de cazadores, callan;  
perros sin dueño ahora  
aúllan sólo.*

*Libres, desenfrenados,  
entre las viñas corren  
corceles y en sus lomos  
la ráfaga de los vientos  
sólo cabalga.*

Y en las orillas del mar, *que siempre constituyó la vida de las islas egeas*, gaviotas y halcones descienden libremente hasta la pla-

ya desierta (v. 26-30), atraídos por los cadáveres que flotan en las aguas. La vista del poeta llega a divisar el detalle dramático de las huellas que, según el testimonio del historiador Pouqueville<sup>10</sup>, podían captarse sobre la arena. Perteneían a aquellos que desesperadamente intentaron buscar salvación durante la masacre de Quíos, huyendo a las costas, y que sólo encontraron la muerte (XIII, 31-45):

*Hondas veo en la arena  
unas huellas marcadas  
de niños y hombres vivos,  
mas los hombres ¿do están?  
¿dónde los niños?*

*Espectáculo horrendo  
descubro en torno mío:  
¿de quiénes son los cuerpos  
que flotan en el agua,  
de quiénes las cabezas?*

*Rayos del sol al alba,  
¿para qué aparecéis?  
¿Acaso gusta ver  
obras de criminales  
el ojo de los cielos?*

Pero las reflexiones en torno a la barbarie que ha teñido de sangre las aguas egeas son interrumpidas por la llegada de nuevos bárbaros otomanos (XIII, 63-75):

*Veo, veo en el mar  
volando ya la escuadra  
de horribles bárbaros.*

*Mira tú cómo el sol  
sus velámenes dora,  
y mira cómo el piélagos  
con reflejos de espadas  
trémulo brilla.*

<sup>10</sup> Pouqueville G., *Histoire de la Révolution Grecque*, París, 1845.

*De las proas se esparce  
impregnando la brisa  
ruido de mil timbales,  
y en medio del bullicio  
se escuchan cantos...*

Son los cantares de los turcos que se jactan de sus masacres y se animan unos a otros para emprender nuevas obras de destrucción (v. 76-95). Increpa el poeta a los criminales, enrostrándoles la cobardía con que dan muerte a mujeres, ancianos y niños, y devastan aldeas indefensas.

Otros lugares aguardan aún la ferocidad otomana. No les bastan aquellas islas que han recibido el mortal azote, desde la alejada Chipre (ese venerable bastión del helenismo *hasta hoy martirizado*) hasta Creta y las regiones del Mar Egeo (XIII, 106-120):

*He aquí que otras islas  
vuestro furor aguardan;  
y ciudades y tierras  
que baña el mar y habita  
gente inocente.*

*No os basta, hato de héroes,  
ni Cidonia, ni Chipre,  
ni Quíos, ni de Casos  
ni tampoco de Creta  
los habitantes.*

Pero surge por fin en el horizonte la figura de las embarcaciones griegas de Kanaris, que han de vengar las matanzas en el Egeo (XIII, 146-150):

*..... —Mas ya veo,  
veloces cual las alas  
tendidas de las grullas  
arribar dos negrísimas  
terribles proas.*

Cesa el bullicio de los jactanciosos cantos de los turcos. En la oscuridad de la noche, Kanaris ha iniciado su audaz obra vengadora. La descripción de la batalla es notable. En dos estrofas

se suceden las impresiones acústicas, en las que domina ampliamente el ímpetu del viento y del mar. La fiereza de los elementos naturales nos parece una imagen paralela del encarnizamiento de la lucha (XIII, 156-165):

*Sólo oigo el torbellino  
del viento, que al pasar  
en medio de los mástiles  
y hendido entre cordajes  
silba con ímpetu.*

*Sólo escucho la mar,  
que como inmenso río,  
por entre los peñascos  
ruge golpeando en torno  
de los navíos.*

En otro trabajo destacamos algunos aspectos interesantes de estas estrofas. Cómo no apreciar, por ejemplo, la rareza de la comparación del mar con "un inmenso río". De paso, llamemos aquí la atención hacia las notables alteraciones que presenta el original de la primera estrofa transcrita. Ellas parecen hacer más vívida la impresión del vendaval y de las olas que rugen. Se suceden los sonidos *s*, *f*, *sj*, *sf*, y las vocales *u* *e* *i* se realzan. Como es natural, resulta imposible reproducir tales efectos en la traducción:

*Monon akúo to fýsima  
tu anemu hopu pernondas  
is ta katartia anámesa  
ke is ta sjinía sjismenos  
vieos sfyrizi*

En seguida, al oído se añade la vista. En medio de gritos y confusión, se alzan velas por doquier para la fuga desordenada y caótica. El poeta divisa ahora las llamas y el humo que hacen desaparecer la orgullosa escuadra otomana (XIII, 171-180):

*Estrecho, estrecho el piélagos  
el terror hace; cae  
un barco sobre el otro:  
se parten y se ahogan  
los marineros.*

*Ah, cómo de mi vista  
velozmente borróse  
la escuadra y ahora veo  
sólo llamas y humo  
que al cielo llegan.*

De entre el fuego que inunda el mar a consecuencia de las explosiones, surgen por fin, triunfantes, las dos intrépidas embarcaciones de Kanaris. Han hecho estallar lo mejor de la flota turca. sin ser atrapadas por la expansión ígnea provocada por la voladura de esos bajeles (XIII, 181-190):

*Mirad, otra vez surgen  
del marítimo incendio  
vercedoras y a salvo  
las dos naves oscuras  
y milagrosas.*

*Alejándose vuelan;  
hendiendo los espacios  
azulados, esfúmanse;  
peanes cantando pasan  
y el mundo los escucha.*

La última de las odas propiamente "marinas", A Samos, difiere un tanto de las otras de su grupo por el tono sereno, por cantar las gracias de la isla en la paz y en las artes y las letras, así como por exaltar *solamente hechos felices*, victoriosos. El poema se inicia con una estrofa que se ha hecho justamente famosa. Este verdadero epigrama sobre la libertad y la virtud y el valor que aquella exige, sólo puede apreciarse en su plena concisión clásica en su original (XIV, 1-5):

*Hosi to jálkeon jeri  
varý tu foru esthánonde,  
zygón dulías as éjusi:  
theli aretín ke tolmin  
hi elefthería.*

*Los que la mano férrea,  
grave, del miedo sienten,  
tengan yugo de esclavos:  
virtud y valor quiere  
la libertad.*

Adecuada introducción para una oda dedicada a la indómita Samos que jugó un papel glorioso en la Revolución Griega. Siguen dos estrofas que recuerdan a Icaro. La libertad dio a éste alas, y si cayó en el mar y se ahogó, como ser libre halló la muerte. Sólo la víctima sin honra de la tiranía debe mirar la tumba como vergonzosa (v. 6-15). Luego aparece ante nuestra vista el majestuoso panorama del Mar Icario, *el cuarto mar cantado* por Kalvos, con sus islas famosas (XIV, 16-30):

*Oh Musa, tú conoces  
el Mar Icario. Patmos  
allí y Korasia y Cálimnos  
que a las abejas nutre  
con flores intocadas.*

*Allí la isla del áloe,  
Cos, la muy venturosa,  
que un renombrado Apeles  
y un inmortal Hipócrates  
al mundo dio.*

*Allí está el gran terror  
del suelo de Asia, Samos:  
téjele la corona  
de los himnos perenne,  
lírica virgen.*

No sin justicia pide el poeta a la Musa que corone con sus himnos a la gran isla. El arte y el pensamiento están ligados a ella con ilustres nombres, que allí cantaron, como Anacreonte, o que allí nacieron, como Pitágoras. La lírica, la épica y la filosofía pasan a través de tres estrofas (v. 31-45). En el centro hallamos el nombre preclaro de Homero.

Pero también las paradisíacas bellezas naturales de la isla conmueven al poeta. "Morada de los céfiros" la llama, recordando que, mientras en otras latitudes el sol quema o la noche "corta" los manatiales, al congelarlos, Samos se muestra de continuo toda florecida, con su cielo luminoso y sus árboles siempre plenos de frutos (v. 46-55). *La visión espléndida y majestuosa de la isla sobrecoge a quien navega por el Mar Icario*. Dos símiles cargados de luz preparan la aparición de esa verdadera perla de aquellas aguas del Mediterráneo oriental (XIV, 56-70):

*Cual antes que anochezca  
en el cielo azul puro,  
sola, resplandeciente,  
se muestra de Afrodita  
la dulce estrella;*

*y como un mirto altivo  
recargado de flores  
y de rocío brilla,  
al saludarlo el alba  
de cinto de oro;*

*así el bajel que surca  
del Mar Icario el agua  
entre islas divisate  
espléndida y excelsa  
y regocijase.*

Después de siglos de esclavitud, los preparativos bélicos de los habitantes de la isla anuncian el retorno de los días de gloria. Mientras los samios sacan sus armas y se aprestan al combate por la libertad, los otomanos reúnen fuerzas en las cercanas costas asiáticas. Como avispas que se apilan en torno a restos de animales muertos y son dispersadas por el trueno (XIV, 91-95),

*de tal modo en las costas  
asiáticas las turbas  
sarracenas innúmeras,  
las veo reunirse,  
pero es en vano.*

Al solo anuncio de que los samios lucharán contra ellos, los invasores se dispersan. La isla de Pitágoras no será, pues, reconquistada y no seguirá el destino trágico de otras "hijas del mar". Con ánimo exaltado celebra el poeta la gloria de Samos, interrumpiendo incluso, brevemente, su severa objetividad y su tono impersonal, para hacer un recuerdo de sus años de niño o adolescente, cuando su padre lo llevó a Samos en alguno de sus viajes de comerciante (XIV, 106-115) y expresa su anhelo de volver a verla, ahora libre:

*Tornan, tornan de nuevo  
días de dicha, oh Samos;  
ya lo anuncian los triunfos  
múltiples y admirables  
que te dan gloria.*

*Sé feliz, isla insigne.  
Cuando el yugo enlutábate,  
te conocí. Ojalá  
pueda besar tu suelo  
libre y sagrado.*

Tales son las "odas marinas" de Kalvos. Como lo destaca Kostis Palamás, "para las verdes y perfumadas islas del Mar Egeo, las venturosas tierras donde siempre moraban la paz y la alegría, reserva él sus mejores estrofas. Y es él *el cantor por excelencia de las islas del Egeo*"<sup>11</sup>.

Pero, como lo anotábamos al comienzo de este capítulo, *el mar está presente en toda la obra de Kalvos* y no sólo empapa sus "odas marinas". En la primera de éstas, hallamos, inclusive, el recuerdo de un mar no griego, el de las tormentosas y heladas aguas del archipiélago británico. Ese mar de Albión es el cuarto en la importancia de la atención del poeta, después del Egeo, el Jónico y el Icario (y el primero en el texto). En la breve mención de aquel mar nórdico, domina el elemento de la braveza del piélago, que en varias odas Kalvos pinta con sobria maestría (I, 36-40):

*Grandes, embravecidas,  
corren del mar las olas,  
y se arrojan y rompen  
con violencia en las rocas  
albionenses.*

En la oda *A la Gloria*, es también la furia del mar la que predomina en las estrofas en que se condena la bajeza y pequeñez del alma insensible al llamado de la gloria. Ese ser no es capaz de compadecer a sus semejantes en desgracia, ni menos de socorrerlos (II, 21-30). La ráfaga de la fatalidad se amalgama aquí con la brava ira del mar:

<sup>11</sup> Palamás K., *Primeros Estudios Críticos*, p. 43.

*En el embravecido  
océano profundo,  
do sopla con violencia  
y se enfurece el hálito  
del hado amargo,*

*cada día él divisa  
a muchos infelices  
mortales ahogados  
y ¿quién nunca lo oyó  
compadecerlos?*

En la Oda Cuarta, la obra del Olvido, que todo lo borra inexorablemente, no exceptúa al mar, en donde el hombre griego vive tanto o más que en la tierra (IV, 46-53):

*Viene el celoso Anciano,  
de toda obra enemigo  
y de todo recuerdo,  
e íntegra la tierra  
y el mar recorre.*

*Vierte desde su ánfora  
del olvido el torrente  
y todo lo desvanece.*

En la oda *A las Musas* se nombra un quinto mar, lejano, funesto para los griegos. De él nada dice el poeta. Sólo lo menciona por haber partido desde sus confines la ola sarracena (V, 111-120), que hizo huir a las Musas desde la Hélade al cielo:

*Cuando a la infortunada  
Hélade le llegó  
del confín del Mar Rojo  
el fragor de herraduras  
de sarracenos,*

*allí a los manantiales  
donde lavan las Horas  
los corceles de Apolo,  
entonces con razón  
huisteis, Musas.*

En el poema *A los sarracenos*, al hablar Kalvos de la triste situación del pueblo griego subyugado, reflexiona acerca de la inutilidad de los esfuerzos del hombre a quien la tiranía arrebató el producto de su labor. Junto al trabajador de la tierra aparece el trabajador del mar, *el marino griego*, que afronta los peligros y el exilio y gana un pan escaso "con fatiga indecible". En unos pocos versos, viene hasta nosotros un girón de la realidad griega (VIII, 56-70):

*La guadaña insaciable  
ellos empuñan; siegan  
siempre cuantas espigas  
maduró el sudor nuestro  
para los hijos nuestros.*

*Corre sobre las olas  
del piélago terrible;  
pasa peligros, gime,  
bebe el cáliz amargo  
del triste exilio:*

*para el pan que juntaste  
con fatiga indecible  
del mar en las orillas,  
voraz se abre la boca  
de los tiranos.*

El terrible piélago, la fatiga indecible, son *aspectos reales* de la vida marítima, de la vida difícil de un pueblo que desde todos los siglos se enfrenta al mar cada día.

La oda *La Musa Británica*, dedicada a Lord Byron y su sacrificio por la libertad de Grecia, nos ubica en el mar en sus primeros versos. El alejamiento de la isla patria y los sentimientos que despierta, están recogidos con una emoción que no puede sino recordar la partida del poeta griego, niño aún, desde su amada Zákynthos. Verdad es que asimismo podría ser asociado este pasaje a la última salida de Lord Byron de Inglaterra para marchar a la Grecia combatiente. Y es verdad, además, que las bellas estrofas iniciales constituyen parte de un símil. Pero, como quiera que sea, *tiembla en ellas una emoción auténtica*. El mar, la penumbra vespéral, la imagen de los campos y colinas amadas, el perfil

ya oscuro de la isla donde se deja todo lo querido: son elementos que en la vida de un hombre griego se han reunido alguna vez, en un momento desgarrador. El poeta ha expresado en pocas líneas algo del alma del pueblo griego (XI, 1-15). Una vez más, hallamos dentro de esta poesía idealizante y para algunos en exceso clasicista, *la raíz de lo real, raíces de la realidad neogriega:*

*Si al nauta temerario  
de Poseidón las olas  
de la isla patria alejan  
antes que sobrevenga  
la negra noche,*

*con el alma transida,  
de pie sobre la popa,  
por sobre el mar contempla  
la quietud difundida  
y vesperal penumbra;*

*divisa las colinas  
amadas y los campos  
de la patria dulcísima  
teñidos todavía  
en oro por el sol.*

Y al avanzar las tinieblas, el sentimiento parece profundizarse con la oscuridad, sobre la que vendrá a temblar la primera estrella (XI, 16-30):

*Mas ya en las tenebrosas  
honduras del ocaso  
del fulgurante rey  
de los aires sumióse  
el rayo último.*

*Se oscurece y transforma  
el perfil de la isla  
—rostro de virgen huérfana  
bajo la nube húmeda  
de la desdicha.*

*Si el marino alza entonces  
sus ojos apenados,  
ve ya sobre su tierra  
a medio cielo y trémulo  
el primer astro.*

La oda *A Suli* sigue al poema dedicado a la isla de Samos. Nos transporta a un paisaje bastante distinto de aquél de la aguerrida región marina. Celebra la batalla de Karpenisi, que se desarrolló en la zona montañosa de Suli, en el Epiro. Allí, en torno a las aldeas suliotas y principalmente en torno a las cuatro más famosas que integraban el "Tetrajorio" —Suli, Kiafa, Samovia y Araviko— se había producido una resistencia de siglos contra los invasores otomanos. Desde el siglo XV al XVIII, los turcos no pudieron penetrar en la región, ni menos domeñarla. Sólo después de las tres grandes expediciones militares que desde 1788 lanzó el tirano de Yanina Alí Pachá, los suliotes vinieron a ser vencidos en 1803. A raíz de esa derrota, la zona quedó semi-desierta, pues aquellos que no perecieron prefirieron el éxodo antes que vivir en servidumbre. El panorama es montañoso, duro, inhóspito y boscoso, y el poeta recoge brevemente sus características (XV, 1-3 y 16-25):

*Sopla impetuoso el viento  
y la floresta agítase  
del Selaído . . .*<sup>12</sup>

*Altos riscos, famosos,  
montes del Tetrajorio,  
de vuestras cumbres bajan  
muchos y bravos hombres  
indomeñables.*

*Cada uno una rama,  
cada cabeza lleva  
una corona, y saltan  
de un risco a otro entonando  
cantos de guerra.*

<sup>12</sup> Selaído: nombre antiguo de la región suliota.

Como lo señalábamos en el capítulo *Kalvos, poeta de la luz*, la batalla de Karpenisi, que se libró de noche, es descrita principalmente a través de impresiones auditivas. En tal descripción *tiene un lugar el mar*, ajeno al escenario, en razón de que el estruendo de la contienda se asocia en la mente del poeta al perpetuo rugir del piélago (XV, 101-105):

*Oigo, escucho el estruendo  
cual de lucha en comienzo;  
sordamente retumba  
como cuando en las rocas  
se arroja el mar.*

Aun allá en los secos pedreríos de las montañas suliotas, la “conciencia marina” de Kalvos no puede dejar de hacerse presente.

En la oda siguiente, *Los Votos*, el mar se nos aparece en los primeros versos: en el original, en las primeras palabras. El poeta comienza manifestando su rechazo a los sedicentes “protectores”, que se aprestan para ahogar la libertad de un pueblo que derrama su sangre a torrentes por alcanzarla. Varias terribles desgracias son preferibles a tener protectores. En la primera estrofa se expresa el primer voto. Más valiera que la Hélade fuera devorada por el mar. Aun como destructor y dador de muerte, que *el mar sea, también en este trágico sentido, el salvador* de Grecia (XVI, 1-5):

*Más vale que del mar  
las olas tumultuosas  
a mi patria ahogaran  
cual miserable barca  
sin esperanzas...*

En la oda *La Visión*, el mar desempeña un papel importante. Todo el fantasmal panorama que divisa el poeta, arrebatado del mundo habitual, flota sobre las aguas de un *piélago igualmente fantasmagórico y espectral*. Ya antes que el cantor distinga las figuras de la visión, los gritos que escucha se asemejan a los de quienes se ahogan en las aguas (XVII, 16-20):

*En el estruendo elévanse  
muchos gritos confusos,  
cual gemidos lejanos  
de hombres que se ahogan  
entre las olas.*

Luego, el poeta logra divisar una chispa dentro del oscuro antro en el que ha caído. Ella se extiende hasta formar como un mar de fuego. Y a continuación, pasan flotando ante los ojos del vate los restos de la Hélade desangrada (XVII, 26-36 y 41-43):

*Miseros restos flotan  
de naufragios allí.  
Y recién desgarrado  
atraviesa un gran cuerpo  
que de reina parece.*

*¡Oh Grecia...! Pasan miles  
de niños en mantillas  
aún y en cada pecho  
he aquí que un puñal  
se yergue hundido.*

*Doncellas pasan, madres...  
Mirad que también pasa  
multitud de guerreros,  
insignes, valerosos...*

Vemos claramente el mar, no ya de fuego, sino el mar de Grecia: al fondo las islas y la tierra firme presentan un espectáculo de impresionante devastación (XVII, 51-60):

*Desierto ahora el mar  
está, y allí a lo lejos  
cual nubes en confín  
vespertino diviso  
islas y tierra.*

*Ciudades devastadas  
allí se ven y restos  
de torres, templos, pueblos,  
barcas, arados y armas  
abandonadas.*

Las islas —y con ellas el mar— forman parte esencial de la Hélade. De ahí que al aparecer, dentro de la visión, la imagen de la Discordia, que tan grandes males acarrea a la causa libertaria, la sangre fratricidamente derramada tiña valles, tierra e islas (XVII, 76-80):

*La blasfema así hablando  
de dos vasos derrama  
sangre y todo se tiñe  
de púrpura: la tierra,  
valles celestes, islas.*

En la Oda XVIII, dedicada a la Victoria, curiosamente no aparece el mar, pese a que en el poema *El Océano*, la Libertad concluye con esta expresión su plegaria al “padre de los coros celestes”, al Ponto (X, 109-110):

*En tu amor mi esperanza  
toda se apoya.*

La Oda Décima deja ver nítidamente que Kalvos espera del mar el retorno de la gloria helénica, el triunfo del combate liberador de su pueblo. Sin embargo, el tono general y más alegórico que concreto de la oda a Nicea, explica en cierta medida la ausencia del mar en ella. Con todo, aunque sea en un marco simbólico y en el interior de una reflexión que en el poema es pasajera, el piélago aparece (XVIII, 56-60):

*Bajo el sol de este modo,  
como gotas de fuego,  
al océano caen  
de los siglos, se esfuman  
las horas para siempre.*

Bella y curiosa expresión del paso fatal del tiempo encierra la única estrofa de la oda en que aparece el mar *como figura de la infinitud temporal*, como “el océano de los siglos”, al que las horas caen como gotas de fuego.

El mar: he aquí un *elemento fundamental de la “helenidad” de la poesía kalviana*. La grandeza, el rumor y el rugido, la serenidad y la braveza, la dulzura y la desolación, la fuente de la vida y la fuerza destructora, la luz rutilante y la oscuridad

brumosa, la soledad, la infinitud: todo lo que caracteriza al mar, desde su misterio a su grandeza, todo lo encontramos en las odas de Kalvos.

Y cuando el poeta recurre al arsenal, familiar y amado para él, de figuras mitológicas, coloca en sus poemas deidades que se relacionan con el mar: Las Nereidas en la Oda I, las Oceánides en la VI, Afrodita Citerea en la I, Afrodita Cypris en la XII, el Océano en la X, Poseidón en la XI.

El mar es el elemento amado, omnipresente en las odas. Se lo nombra también con una palabra amada para el pueblo griego: "thálassa". Eva Catafygiotu Topping ha enumerado los vocablos con que el poeta denomina al mar: "Kalvos emplea muy diferentes palabras para el mar, pero prefiere por sobre todas *thálassa*, el melodioso vocablo prehelénico, que ocurre cuarenta y tres veces. Los sinónimos incluyen "okeanós", "pélaghos", "revma", y las formas plurales "kímata", "nerá" y "roé"<sup>13</sup>.

El poeta Odiseo Elytis, en el luminoso ensayo *La verdadera fisionomía y la audacia lírica de Andreas Kalvos*, destaca, entre otros aspectos del mundo kalviano, la presencia del mar, la conciencia "insular" que puede apreciarse en él: "... esta poesía logró dejar la luz helénica, soplada por una fresquísima brisa sobre paisajes que muestran desde lejos su origen insular. Realmente, Kalvos es el primer poeta neogriego que posee conciencia marítima (en una síntesis superior de naturaleza egea y jónica), conciencia que lo ubica, por una parte, *en el centro de la realidad helénica*, y, por otra, en el centro de contacto de los actuales poetas griegos con los europeos de igual orientación. No sé si Kalvos conoció personalmente las islas del Egeo. Lo que tiene importancia es que, con una sensibilidad abierta a los más puros elementos de la vida, recibió *la influencia de la naturaleza más representativa del país*, y les otorgó un *primer lugar en su lirismo*. Cada vez que alude en concreto a un paisaje, éste (salvo escasas excepciones) es puramente isleño"<sup>14</sup>.

Luego de recordar las islas nombradas por Kalvos —además de aquéllas a las que dedica odas enteras—, Zákynthos,

<sup>13</sup> Catafygiotu Topping E., *op. cit.*, p. 269. Añadamos que *okeanós* ocurre 5 veces; *pélaghos*, 6; *revma*, 3; *kímata*, 8; *nerá*, 3; *roé*, 1.

<sup>14</sup> Elytis O., "I alithiní fisiognomía ke i lyrikí tolmi tu Andrea Kalvu", "La verdadera fisionomía y la audacia lírica de Andreas Kalvos", en rev. *Nea Hestia*, IX-1960, p. 262.

Quíos, Samos, Psará, Hydra, Spetses, Creta, Chipre, Casos, Cos, Patmos, Calimnos, Elytis menciona la oda *Los brulotes*, en la cual se canta con cálido amor a las islas del Egeo en general, a las “verdes y perfumadas / islas del Mar Egeo”. Pero esas tierras de encanto sufren todavía el azote de la esclavitud. Por eso, mientras comienza el himno que les teje “en medio de una atmósfera de frescor y gracia, más adelante llega a imágenes de desolación, a paisajes que conservan su carácter natural aun en medio de la devastación o la desgracia. Los caballos corren ahora desenfundados por entre los viñedos y

*en la orilla del mar  
sin temores descendien  
de las nubes celestes  
las gaviotas piando  
y los halcones.*

”Y se sienta a escuchar, solo, el soplar del viento que al pasar ‘en medio de los mástiles / y hendido entre cordajes / silba con ímpetu’; se pone a escuchar al mar que ‘ruge golpeando en torno / de los navíos’. Y ahora la ‘sagrada onda del Egeo, / que no baña ya los albísimos cuerpos / de las doncellas de Quíos’; siente nostalgia por los días en que ‘cuando sobre las cumbres / del Kerketéus boscoso / a la danza se daban / las Artes coronadas’. Y cuando se halla lejos de su patria, en los días nublados de Londres, recuerda con pasión a la isla donde el aire purísimo siempre ríe, donde ‘la lámpara eternal / en el día de frutos / te inunda, y de la noche / las lágrimas se vuelven / lirios en ti’. Sí. Entonces no cabe ninguna duda que este hombre, que tiene ante sí un piélagos enriquecido ‘con el aroma suave / de los citros dorados’, *vivió la isla*, y al vivir la isla *vivió el lado más auténtico de Grecia*”<sup>15</sup>. Con estas palabras, otro poeta del mar —y del Mar Egeo más concretamente—, Odiseo Elytis, destaca otro de los aspectos del “realismo” básico, de las raíces realistas neogriegas del cantor de la libertad y la virtud.

<sup>15</sup> Elytis O., *op. cit.*, p. 263.

# “Sea” and “light” in the odes of Kalvos

Miguel Castillo Didier

The author presents a detailed analysis of the poetical works of Andreas Kalvos, seeking to illustrate in what way his poetry makes use of ‘light’ and ‘sea’, ideas that seem to emerge from its very essence, giving to it a seal of its own.

The study of the 20 poems that make up the Odes of Kalvos allows the author to present, in the first part of his work, the different nuances given by the poet to *luminosity*.

Each one of these shades of meaning contributes towards the creation of the same atmosphere of signification. Light and clarity, in all the poems analysed by Castillo, are to be found in close association with the realities that best reveal the poetical personality of Kalvos, always evoking positive feelings and ideals. In this way it is possible to establish in these Odes a connection between light and the ideas of *virtue*, *freedom* and *justice*. On the other hand, all negative aspects, e. g., tyranny and injustice, appear united to darkness and lack of light.

This is clearly seen, for example, in the comparison made by the poet between a fresh and shining daybreak, after a desolate dark night, and the dawn or ‘Risorgimento’ of Hellenic liberty after centuries of oppression under Ottoman dominance.

The same connotations appear in the poems of Kalvos on the *sea*, although, as the author explains in the second part of his work, the totality of the poet’s work is expressed when referred to this part of his native land, representing the most characteristic element in Hellenic man’s life.

Actually, the allusions to the sea made by Kalvos are identified with a “passionate vision of my just and free world”. As a rhapsode of the freedom of Greece, the poet perceives in the sea a sign of salvation, a sign that becomes the sole one able to grant Hellenes a final victory, the just cause of freedom for which they endlessly fought.

Henry Lowick - Russell